

muchas veces la vida natural, si el poder divino con milagro no me conservara. Estos efectos sentia muchas veces en el mismo agradecimiento que tenia cuando entraban algunas almas en la Iglesia y despues en la gloria; porque yo sola conocia enteramente esta dicha y la pesaba; y como la conocia, la agradecia al muy alto con intenso favor y humillacion. Pero cuando mas desfallecia en mis afectos era cuando pedia la conversion de los pecadores, y cuando alguno de los fieles se perdia. En estas y otras ocasiones, entre el gozo y el dolor, padecí mucho mas que los Mártires en todos sus tormentos; porque por cada una de las almas obraba con fuerza sobreexcelente y sobrenatural. Todo esto me deben los hijos de Adan, que por ellos ofreci tantas veces la vida. Y si ahora no estoy en aquel estado para ofrecerla; el amor con que solicito su salud eterna no es menos, sino mas alto y mas perfecto.

116. Y si tal fuerza tuvo en mí el amor de Dios para con los prójimos, de aquí entenderás cuál seria la que sentia con el mismo Señor cuando le recibia sacramentado. En esto te declaro un secreto de lo que me sucedió la primera vez que le recibí de mano de san Pedro; que en esta ocasion dió lugar el Altísimo á la violencia de mi amor hasta que mi corazon se abrió realmente, y dió lugar, como yo lo deseaba, para que mi Hijo sacramentado entrase y se depositase en él como rey en su legítimo trono y custodia. Con esto entenderás, carisima, que si en la gloria, de que gozo, pudiera tener dolor; una de las causas que me le diera mayor es la formidable groseria y atrevimiento de los hombres en llegar á recibir el sagrado cuerpo de mi Hijo santísimo; unos inmundos y abominables, otros sin veneracion y respeto, y casi todos sin atencion, sin conocimiento y sin reparo de lo que pesa y vale aquel bocado, que no es menos que el mismo Dios, para eterna vida ó eterna muerte.

117. Teme, pues, ó hija mia, este atrevido peligro; llórale en tantos hijos de la Iglesia, pide al Señor el remedio; y con la doctrina que te doy hazte digna de conocer y ponderar profundamente este misterio de amor; y cuando llegas á recibirle, sacude y limpia de tu entendimiento toda especie de cosa terrena; á ninguna atiendas fuera de que vas á recibir al mismo Dios infinito y incompreensible. Extiéndete sobre tus fuerzas en el amor, en la humildad y en el agradecimiento; pues todo será menos de lo que debes y de lo que pide tan venerable misterio. Para disponerte mejor, será tu dechado y espejo lo que yo hacia en estas ocasiones; en que especialmente quiero me imites interiormente, como lo haces en las tres humilla-

ciones corporales; y tambien es de mi agrado la cuarta que tú has añadido para dar reverencia á la parte de carne y sangre que está en el Sacramento, como de mis entrañas la recibió mi Hijo santísimo; y con mi leche se aumentó y creció. Continúa siempre esta devocion; pues así es verdad que está en el cuerpo consagrado parte de mi propia sangre y sustancia, como tú lo has entendido. Y si con el afecto que tienes sintieras gran dolor si vieras hollar el sagrado cuerpo y sangre, y que alguno lo pisaba con desprecio y por ignominia; lo mismo debes sentir con amargura y llanto, sabiendo como le tratan hoy tantos hijos de la Iglesia con irreverencia y sin algun temor ni decoro. Lloro, pues, esta desdicha; lloro, porque hay pocos que la lloren, y lloro, porque se frustran los fines tan pretendidos con el inmenso amor de mi Hijo santísimo. Y para que llores mas te hago saber, que como en la primitiva Iglesia eran tantos los que se salvaban, ahora lo son los que se condenan. Y no te declaro en esto lo que sucede cada dia; porque si lo entendieras, y tienes caridad verdadera, murieras de dolor. Este daño sucede porque los hijos de la fe siguen las tinieblas, aman la vanidad, codician las riquezas, y casi todos apetezen el deleite sensible y engañoso, el cual ciega y escurece el entendimiento, y le pone densas tinieblas, con que no conoce la luz, ni sabe hacer distincion entre lo malo y lo bueno, ni penetra la verdad y doctrina evangélica.

CAPÍTULO VIII.

Declárase el milagro con que las especies sacramentales se conservaban en María santísima de una comunión para otra; y el modo de sus operaciones, despues que descendió del cielo á la Iglesia.

Razon de tratar de propósito del beneficio de conservarse siempre las especies sacramentales en María. — Razon principal de haber hecho el Señor este singular beneficio á su Madre. — Razones de conveniencia y equidad que tuvo para hacerlo. — Alteza con que recompensó Cristo con su continua presencia sacramental en su Madre la que gozaba María, cuando vivia en carne mortal su Hijo. — Consiguio Cristo con este beneficio la palabra que dió á la Iglesia, de estar con los fieles hasta el fin del mundo. — Sola María fue el templo y sagrario en que por algunos años se conservó el santísimo Sacramento. — En qué forma estuvo en María para provecho de la Iglesia. — Como hizo María mas feliz aquel siglo siendo custodia del Sacramento, que estos en que tiene tantas. — Consiguio Cristo con este beneficio adecuadamente el fin de haberse quedado en este Sacramento. — Era tal el amor de Cristo á su Madre, que si no la acompañara siempre en este Sacramento, volviera al mundo á hacerla compañía. — Razon de esta ponderacion de el amor de

Cristo á su Madre. — Modo con que obraba el Señor el milagro de conservar las especies sacramentales en María. — Iban del estómago al corazón de María, y en él se conservaban. — Razon de este prodigio. — Milagrosa conservación de las especies, sin que las alterase el ardor de el abrasado corazón de la Virgen. — Orden con que se consumían las especies sacramentales antiguas, cuando de nuevo comulgaba. — Estado de María con este beneficio, y el de la vision abstractiva continua de la Divinidad. — Nuevo y perfectísimo uso de los sentidos que tuvo despues que bajó del cielo. — Admirable uso de la vista. — No se valia de las especies que entran por la vista para discurrir, sino de las infusas y ciencia que se le comunicaba con la vision de la Divinidad. — Admirable uso que tuvo del sentido del oido. — Uso maravilloso del sentido del olfato. — Conoció que despues que bajó del cielo podia vivir sin alimento. — Solo comia por obediencia y humildad. — No percibia el sabor del alimento. — No tenia en el tacto sensible delectacion. — Sentia el tacto de las especies sacramentales en el corazón con gran júbilo. — Este nuevo uso de los sentidos de María se le concedió á petición suya. — Era un género de participacion del de los Santos glorificados. — Correspondencia de la sabiduría y obrar interior de María al uso milagroso de las potencias sensitivas. — Gozo que tenia de la adoracion que daban los Angeles á su Hijo sacramentado en su pecho. — Gozabase de la reverencia que tenían al Sacramento los Angeles en recompensa de la grosería con que sabia le habian de tratar los hombres. — Diversos modos en que se le manifestaba el cuerpo de su Hijo dentro de sí misma. — Conocía el gozo que tenia su Hijo de estar sacramentado en su corazón. — Elogio de María en lo singular de este favor. — Afectos de admiracion de las obras de la Madre de Dios en este estado. — Obligacion en que pone á la alma el conocimiento del alto estado de las virtudes de la Madre de Dios. — Modo especial con que queda Cristo en las almas que le reciben con señalada perfeccion, despues de consumidas las especies sacramentales. — Preparacion con que se ha de disponer el alma para conseguir este singular beneficio. — Doctrina del uso perfecto de los sentidos cuando no se puede excusar el trato con las criaturas. — Daños que se siguen de moverse en las determinaciones de la voluntad de solo lo que se percibe por los sentidos. — Consultas de las acciones con que se han de evitar estos daños.

118. Hasta ahora he tocado arriba este beneficio muy de paso¹, reservando su mayor declaracion para su lugar, que es este; para que tan grande maravilla del Señor en favor de su Madre amantísima no quede en esta Historia sin la inteligencia que puede desear nuestra piedad. Aflígeme mi propia cortedad para explicarme; porque no solo ignoro infinito mas que entiendo; pero esto que conozco, lo declaro con recelo y menos satisfacion de mis términos y razones menos comprehensivas de mi concepto. Con todo eso no me atrevo á dejar en silencio los beneficios que nuestra gran Reina recibió de la poderosa diestra de su Hijo santísimo, despues que desde

¹ Supr. n. 19, 32.

ella descendió al gobierno de su Iglesia; porque si antes fueron grandiosos y inefables, desde entonces crecieron con hermosa variedad, en que se manifestó ser infinito el poder que los hacia, y como inmensa la capacidad en esta única y escogida entre todas las criaturas que los recibia.

119. En este raro y prodigioso beneficio, que las especies sacramentales con el sagrado cuerpo se conservasen siempre en el pecho de María santísima, no se ha de buscar otra causa, fuera de la que tuvieron los otros favores en que únicamente se señaló Dios con esta gran Señora, que es su voluntad santa y su sabiduría infinita, con que obra siempre en medida y peso todo lo que conviene¹. Para la prudencia y piedad cristiana bastaba por razon saber que sola á esta pura criatura tuvo Dios por Madre natural, y que sola ella fue digna de serlo entre todas las criaturas. Y como esta maravilla fue sola y sin ejemplo, seria torpe ignorancia buscar ejemplares para persuadirnos que hizo el Señor con su Madre lo que no hizo ni hará con otras almas; pues sola María sale y se levanta sobre el orden comun de todas. Mas aunque todo esto es verdad, quiere el Altísimo que con la luz de la fe y con otras ilustraciones alcancemos las razones de conveniencia y equidad, con que su brazo poderoso obró estas maravillas con su dignísima Madre, para que en tales maravillas le conozcamos y alabemos en ella y por ella; y entendamos cuán segura tenemos toda nuestra esperanza, y nuestras suertes en manos de tan poderosa Reina, en quien depositó su Hijo toda la fuerza de su amor. Y conforme á estas verdades diré lo que se me ha dado á entender del misterio que voy hablando,

120. Vivió María santísima treinta y tres años en compañía de su Hijo y Dios verdadero; y desde la hora que su Majestad nació de su virginal vientre, nunca le dejó hasta la cruz. Crióle, sirvióle, acompañóle, siguióle y imitóle, obrando en todo y siempre como Madre, como Hija, como Esposa, como sierva fidelísima y amiga; gozando de su vista, de su conversacion, de su doctrina y de los favores que con todos estos méritos y obsequios recibió en la vida mortal. Ascendió Cristo á los cielos, y la fuerza del amor y de la razon le obligaron á llevar consigo á su amantísima Madre, para no estar allí sin ella, ni ella en el mundo sin su presencia y compañía. Pero la caridad ardentísima que entrambos tenían á los hombres rompió en algun modo posible este lazo y union, obligando á nuestra amorosa Madre que volviese al mundo para fundar la Iglesia; y al Hijo

¹ Sap. xi, 21.

que la enviase, consintiese en la ausencia que se interponía entre los dos por este tiempo. Pero siendo poderoso el Hijo de Dios para recompensarla esta privación á su querida en algun modo posible, venía á ser deuda del amor el hacerlo; y no quedara tan acreditado, ni fuera tan manifiesto, si negara á su Madre purísima el favor de acompañarla en la tierra, cuando él se quedaba glorioso en la diestra de su eterno Padre. Fuera de esto, el amor ardentísimo de la beatísima Madre, acostumbrado y criado con la presencia de su Hijo purísimo, viviera con una intolerable violencia, si tantos años no le tuviera presente en el modo que podía estando en la Iglesia santa.

121. Á todo esto satisfacía Cristo nuestro Salvador (como lo hizo) estando siempre sacramentado en el corazón de su felicísima Madre mientras vivió en la Iglesia, y su Majestad en el cielo. Y en algun modo con esta sacramental presencia la recompensó con abundancia la que tenía, cuando vivía en el mundo con la dulcísima Madre; porque entonces muchas veces se le ausentaba para salir á las obras de la redención, y en estas ocasiones la afligían los recelos ó temores de los trabajos de su Hijo santísimo; ó si volvería, ó se quedaria fuera de su compañía; y cuando la tenía no podía olvidar la pasión y muerte de cruz que le esperaba. Este dolor templaba á tiempos el gozo de tenerle y conservarle. Mas cuando ya estaba á la diestra del eterno Padre, pasada la tormenta de la pasión, y aquel mismo Señor y Hijo suyo estaba sacramentado en su virginal pecho, entonces gozaba de su vista la divina Madre sin recelos ni zozobras. En el Hijo tenía presente á toda la beatísima Trinidad por aquel modo de visión que arriba dije ¹. Entonces se cumplía y ejecutaba á la letra lo que dijo esta gran Reina en los Cantares: Téngole, y no le soltaré; yo le tendré, y no le dejaré hasta traerle á casa de mi madre la Iglesia ². Allí le daré á beber del adobado vino y del mosto de mis granadas.

122. Desempeñóse tambien el Señor con este beneficio de su Madre santísima en la promesa hecha á su Iglesia en los Apóstoles, que estaria con ellos hasta el fin del siglo ³, cumpliendo esta palabra desde la hora que se la dió para subirse á los cielos tan anticipadamente, que ya estaba entonces sacramentado en el pecho de su Madre, como dije en la segunda parte ⁴. Y no se hubiera cumplido desde entonces, si no estuviera en la Iglesia por este nuevo milagro; porque en aquellos primeros años no tuvieron los Apóstoles templo, ni disposición para guardar continuamente la Eucaristía sagrada, y así

¹ Supr. n. 32. — ² Cant. viii, 2. — ³ Matth. xxviii, 20.

⁴ Part. II, n. 1503.

la consumían toda el día que celebraban. Sola María santísima fue el templo y el sagrario en que por algunos años se conservó el santísimo Sacramento, para que no faltase de la Iglesia el Verbo humano por ningun instante de tiempo, despues que subió á los cielos hasta el fin del mundo. Y aunque no estaba allí para uso de los fieles, pero estaba para su provecho y para otros fines muy gloriosos; porque la gran Reina del cielo oraba y pedía por todos los fieles en el templo de sí misma. Adoraba á Cristo sacramentado en la Iglesia en nombre de toda ella; y mediante esta Señora y la presencia que en ella tenía, estaba presente y unido por aquel modo al cuerpo místico de los fieles. Y sobre todo hizo esta gran Señora y Madre mas feliz aquel siglo con tener sacramentado en su pecho á su Hijo y Dios verdadero, que estando como ahora en otras custodias y sagrarios; porque en el de María santísima siempre fue adorado con suma reverencia y culto, y nunca fue ofendido, como lo es ahora en los templos. Tuvo en María con plenitud las delicias ¹ que deseó por eternos siglos con los hijos de los hombres; y ordenándose á este fin la asistencia perpétua de Cristo en su Iglesia, no la conseguía su Majestad tan adecuadamente, como estando sacramentado en el corazón de su purísima Madre. Ella era la esfera mas legítima del divino amor, y como el elemento propio y el centro en que descansaba; y todas las criaturas, fuera de María santísima, eran en su comparación como extrañas, y en ellas no tenía su lugar ni esfera aquel incendio de la Divinidad que siempre arde en infinita caridad.

123. Y por las inteligencias que de este misterio he tenido, me atrevo á decir del amor con que Cristo nuestro Salvador estimaba á su Madre santísima, y de lo que ella le obligaba, que si no la acompañara siempre estando con ella debajo las especies consagradas, volviera el mismo Hijo de la diestra de su Padre al mundo ², para hacerle compañía el tiempo que vivió la Madre en la Iglesia. Y si para esto fuera necesario que las moradas de los cielos y sus cortesanos carecieran de la asistencia y presencia de la humanidad santísima por aquel tiempo, estimara esto en menos que faltar á la compañía de su Madre. Y no es encarecimiento decir esto, cuando todos hemos de confesar que en María purísima hallaba el Señor una correspondencia y linaje de amor mas semejante al de su voluntad que en todos los bienaventurados juntos; y con otro amor correspondiente le amaba su Majestad á ella mas que á todos. Si el pastor de la parábola evangélica ³ dejó noventa y nueve ovejas para ir á buscar una sola

¹ Prov. viii, 31. — ² Infr. n. 680. — ³ Matth. xviii, 12.